

**IDE** Instituto de dirección  
y organización de empresa.

**Cátedra de Política  
Económica de la Empresa**

PROF. DR. DR. SANTIAGO GARCIA ECHEVARRIA

LA IDENTIDAD DE EUROPA Y EL PROCESO

DE UNION EUROPEA

*Prof. Dr. Hermann Lübbe  
Catedrático de Filosofía  
Universidad de Zürich (Suiza)*

D.

**CONFERENCIAS Y TRABAJOS DE INVESTIGACION  
DEL INSTITUTO DE DIRECCION Y ORGANIZACION  
DE EMPRESAS / Núm. 188  
DIRECTOR : Prof. Dr. SANTIAGO GARCIA ECHEVARRIA**



**LA IDENTIDAD DE EUROPA Y EL PROCESO  
DE UNION EUROPEA**

*Prof. Dr. Hermann Lübke  
Catedrático de Filosofía  
Universidad de Zürich (Suiza)*

**Alcalá de Henares, Mayo 1992**

Consejo de Redacción :

*Santiago García Echevarría (director)*  
*María Teresa del Val Núñez*  
*Concepción Carrasco Carpio*  
*María José Badiola Goikolea*

Secretaría y Administración :

*María Luisa Rodríguez Frade*

© *Prof. Dr. Dr. Santiago García Echevarría*

Dirección del I.D.O.E. : Plaza de la Victoria, 3  
28802 - Alcalá de Henares.  
Teléfono : 885.42.00  
Fax : 885.42.06

## LA IDENTIDAD DE EUROPA Y EL PROCESO DE LA UNION EUROPEA <sup>(1)(2)</sup>

" Pero quién es el que se enamora de un Mercado Común?" Estas eran las palabras de Jacques Delors, palabras que citan en la actualidad algunos políticos europeos. Esta frase manifiesta un cierto escepticismo sobre la política europea. Si consideramos la perspectiva de los objetivos en los que Jacques Delors se orienta en su período como Presidente, está justificado dicho escepticismo. Y quizás esté hoy en día más justificada esta afirmación dada las graves consecuencias imprevisibles de los acontecimientos en Yugoslavia y, sobre todo, la disolución antirrevolucionaria del imperio Soviético dominado por el comunismo.

Para aclarar estas palabras de Jacques Delors se recurre, con gran frecuencia, a una frase todavía mucho más antigua de Jean Monnet que dice: "Si yo tuviese otra vez la oportunidad de realizar el proceso de unidad europea, comenzaría por el ámbito cultural". Lo que quiere decir esta frase está muy claro: dado que hasta ahora la política económica europea apenas ha conseguido convertir a los habitantes de Europa en ciudadanos europeos, la idea de una identidad cultural de Europa debiera despertar el sentido de ciudadano europeo. Es por lo que en este sentido "la identidad de Europa" se ha convertido

---

1. Esta conferencia se ha pronunciado dentro del Curso organizado por el Instituto Universitario de Dirección y Organización de Empresas de la Universidad de Alcalá de Henares con el título "La dinámica de cambio en la España actual". Esta conferencia se pronunció el día 28 de noviembre de 1991.

2. La traducción de este documento ha sido realizada por el Prof.Dr.Dr.Santiago García Echevarría y revisado por la profesora María Teresa del Val Núñez de la Cátedra de Política Económica de la Empresa de la Universidad de Alcalá de Henares.

últimamente en el gran slogan. Muchos libros se titulan de esta manera y, además, desde la última cumbre de la Comunidad Europea en Copenhague, la identidad europea se ha convertido incluso en un tema oficial de la política de Europa.

Lo que se espera de la cultura es lo que hasta ahora la economía no ha sido capaz de aportar, esto es, una convicción efectiva, desde un punto de vista político y europeo, de la unidad de Europa. No se puede negar en ninguno de los casos que en Bruselas no se ha hecho mucho por la Unidad de Europa, tal como puede percibirse entre tanto. Sin embargo, no puede olvidarse el débil eco que han tenido, y tienen, las actividades de la Comisión de la Comunidad Europea en la opinión pública europea.

A qué se debe esto? Ello no es debido a un tipo de eurofobia que se hubiera extendido en Europa, sino a que en Bruselas son tratados preferentemente "temas anecdóticos". Así, escuchamos y leemos acerca de la armonización fiscal de los camiones, o de las ventajas o desventajas de una Unión Monetaria. En un futuro, no serán necesarios ajustes con lo que se ha abierto una discusión entre expertos, por ejemplo, en cuanto a la cartelización a nivel europeo del precio de los libros.

De esta manera, Europa se convierte para los europeos en algo extraño, es decir, que todo ello les es muy lejano. Los irónicos tienen un juego muy fácil. Solamente necesitan, tal como sucede, informar sobre las intenciones de un decreto que fije la altura media standard de la futura segadora europea.

Es evidente que de esto no se enamora uno. Frente a esto, la cultura promete despertar nuestra emocionalidad y hacer de Europa un tema que llene nuestros corazones.

Esto es tanto más plausible en la medida en que la cultura posee, en la moderna sociedad industrial, una posición política cada vez más importante. Los fenómenos que permiten realizar esta afirmación están a la vista. Las edificaciones de museos, por ejemplo, constituyen hoy en día, sin duda, desde Colonia hasta Stuttgart, y desde París hasta Berlín, la nota más destacada de una moderna construcción de ciudades. Los libros nunca han estado más divulgados de lo que están hoy en día, y sería una crítica malintencionada de la cultura si se dijese que los libros, lo que no puede ocultarse fácilmente, se compran pero no se leen. La verdad es que nunca se ha leído más que ahora, dato que puede ser perfecta-

mente verificado con los resultados de la sociología de la cultura. Incluso en un mundo racional de actuación económica, la cultura se ha convertido en uno de los temas preferentes. Del espíritu de mecenazgo del capitalismo se generan fundación tras fundación apoyándose en el derecho vigente. Tanto es así, que no existe Congreso alguno donde no hable un hombre de conocimientos generales, un historiador o un filósofo, en la apertura o clausura del mismo.

Está demostrado, contrariamente a lo que creíamos nuestra crítica cultural tradicional, e incluso la propia Escuela de Frankfurt, que la modernidad de la actual civilización científico-técnica no está vinculada a una decadencia cultural, sino todo lo contrario, a un florecimiento de la vida cultural. Y esto se ve también en el día a día - desde el resurgir de la cultura de la jardinería a la música en el hogar.

Tiene un gran interés conocer el por qué de esto. Los motivos que nos remiten hoy día a las prestaciones de la cultura, que nos exigen estas prestaciones y que nos permiten lograrlas, constituyen un sistema. Tres son los motivos que considero, personalmente, como los más importantes:

1. Las prestaciones de bienestar, sin precedentes en la historia de la moderna civilización, y que pueden medirse tanto en dinero como en tiempo, se transforman, en parte, en posibilidades de actuación, y con ello en libertad. Libertad no es, en este sentido otra cosa que la necesidad de transformarla mediante una autorrealización, en un hacer racional, dentro del sentido que se da a la vida. Y el dar a la libertad un sentido, es lo que nosotros denominamos cultura.
2. Como consecuencia de la complejidad, y con ello también de la difícil comprensión de la civilización moderna, surgen los problemas de orientación. La función de encontrarse se convierte de manera creciente en una exigencia y así, desde el arte hasta la moral, la cultura es el instrumento para solucionarlos. Lo cual no se logra, naturalmente, siempre.
3. Debido a la dinámica de la civilización moderna, aumenta la velocidad de los acontecimientos, por lo que nuestros mundos originarios se convierten parcialmente en mundos extraños. En el presente los periodos temporales en los cuales podemos contar con una situación constante se reducen. En la

actualidad precisamos, como nunca, de la aportación de la cultura histórica con el fin de hacernos recuperar nuestro pasado. Es por ello, por lo que el Museo pertenece a la civilización moderna, y se reduce el número de años de manera sistemática entre dos acontecimientos históricos singulares, por ejemplo en la universidad o en la empresa, en una corporación o en otra institución. La civilización moderna es una civilización de una autohistoria progresiva.

Detrás de estas interdependencias generales y específicas de la modernidad, se refleja, en realidad, la idea de que la cultura debe ser el instrumento de la unidad europea, dado que, por ejemplo, la política agrícola europea no ha sido capaz de integrar a los labradores beneficiados y convertirlos en ciudadanos europeos entusiasmados.

Cierto es que la identidad cultural de Europa no es ninguna quimera. Mi generación tuvo ya esta oportunidad nada más terminar la Segunda Guerra Mundial, sobre todo, a través de Ernst Robert Curtius con su gran libro sobre Europa: Literatura Europea y la Edad Media Latina. En aquel entonces nos abrió Europa a la generación universitaria, a la que yo pertenezco, de manera convincente. Los alemanes mayores pueden seguramente recordar cómo durante la Dictadura del Nacionalsocialismo del Partido de Trabajo Alemán y de acuerdo con las instrucciones del Ministerio de Cultura, estaba obligado a comenzar el curso de historia de la literatura alemana con las palabras mágicas de Merseburg (Narración popular alemana).

Contra las palabras mágicas de Merseburg no hay nada que objetar. Constituye, de hecho, sin duda, un importante documento lingüístico del alemán antiguo. Para los historiadores del folklore pudiera ser incluso de interés, y además su contenido puede actualizarse; lo que se dice en esas palabras es que "las cosas crecen conjuntamente cuando pertenecen a un conjunto". Por lo tanto, los proverbios cuestionables nunca han sido una fuente en la que pueda percibirse la rica corriente de la literatura alemana. Las fuentes primitivas de la literatura alemana se encuentran más bien en Grecia, en Roma y en Jerusalén, esto es, en las obras de Homero, Virgilio y en la propia Biblia.

Se necesita, sin duda, formación para poder valorarlo. Lo cual no sólo afecta a la literatura, sino también tiene validez, por ejemplo, para la gran tradición de

la iconografía europea. Sin una buena formación escolar que transmita los contenidos clásicos de las tradiciones comunes europeas, no se será capaz de identificar en un museo ni "Las Tres Gracias" ni tampoco "Susana en el Baño". Pero un curso introductorio sobre la historia popular es suficiente para apreciar que ha quedado poco de esa arquitectura clásica en nuestra propia ciudad natal, cuando se elimina todo aquello que, "mutatis mutandis", puede considerarse como valores comunes europeos. Incluso para amplias partes de la literatura popular se puede decir lo mismo. Todo libro de canto e incluso todo libro de buena cocina, están llenos de elementos que nos remiten permanentemente a lo común europeo. De la misma manera, el Papa consigue, sin grandes esfuerzos, en sus distintos viajes europeos, generar claras evidencias de lo que queda de la cultura nacional, cuando se eliminan todas aquellas características comunes que pertenecen a la dimensión cristiana europea. Los escudos de las ciudades se grababan en latín, los miembros de sus Consejos se llamaban senadores, y el estudiante progresista que hace 20 años rechazaba estas manifestaciones, a las que consideraba como reliquias de la tradición burguesa, utilizaba para su revolución cultural un club cuyo nombre era, curiosamente, "Espartacus".

Y así se podría continuar de forma indefinida para demostrar el origen único de Europa, incluso, haciéndolo perceptible a los más reacios. Esto es precisamente lo que se esconde detrás del pensamiento sobre la configuración de una Unión Europea, que pudiera constituirse, posiblemente, de manera más eficiente mediante la orientación y aceptación de los europeos de su propia identidad cultural que a través de una política agrícola o industrial .

Pero aquí es donde se plantea un cierto escepticismo. Para expresarlo de manera más dura: así no se alcanzará. Incluso, el intento de crear la Europa por este camino de identidad cultural, agravaría adicionalmente los inevitables fracasos de la política de la Unión Europea. La política cultural no es válida para compensar las lagunas de las otras políticas europeas. La futura Unión Europea no se logrará de manera directa a través de la identidad cultural de Europa.

Y porqué no? Esto se aprecia, en particular, cuando se aclaran dos aspectos:

- En primer lugar, en su origen, la unidad de Europa va regionalmente más allá de los límites actuales de la Unión Europea. A Europa pertenecen tanto Wilna como Fulda, Esztergonia como Roskilda, y Zagreb como Edimburgo, y esto

significa que la identidad de la futura Unión Europea, a la que no van a pertenecer, en un principio, ni Wilna, ni Esztergonia ni Agram, será siempre parcial, si se considera la identidad común europea.

- En segundo lugar, el origen de la unidad europea está involucrado también en el origen de la unidad americana. En este sentido es en el que ha planteado recientemente Allan Bloom, con un gran impacto en la opinión pública, sobre la supuesta decadencia de la cultura americana, refiriéndose a los reducidos conocimientos que sobre Platón tienen los estudiantes de un determinado campus universitario americano. Y una queja análoga podían también manifestar, a este lado del océano, nuestros profesores de filosofía. Pero a parte de esto, en muchos aspectos, los americanos se han convertido en nuestros maestros. Influyen en nuestra cultura científica y técnica, en el arte y en el derecho. Todo ello se produce en la historia que afecta a nuestro origen cultural común, por lo que siempre ha tenido validez: la identidad europea es mucho más amplia que la identidad que espera conseguir la Unión Europea.

Incluso, cabe preguntarse si no habría que incluir en esa unidad de origen europea a Rusia. Ciertamente, las fronteras del Este de la Europa latina son una de las más antiguas y han ejercido de manera permanente un impacto separador en Europa. Pero, por otro lado, también la Rusia Ortodoxa, en su actual constitución cultural, no puede comprenderse sin esos múltiples sesgos de una occidentalización, que la ha caracterizado desde San Petersburgo, y con ello desde el petrismo que ha hecho arquitectura en esta ciudad incomparable, pasando por la incorporación del mundo de las ideas de los intelectuales progresistas y románticos europeos por parte de los intelectuales rusos del siglo XIX, hasta los experimentos de la historia mundial del bolcheviquismo, que desde el punto de vista de la historia de las ideologías, no es otra cosa que la horrible ejecución de una filosofía desarrollada en Alemania.

Insisto: Lo que al mundo romano le separa de Bizancio, luego también sigue separando hasta hoy a Moscú de Europa. Sería un acto de autoobcecación europea si solamente se considerase como europea la visión con la que se concede el Premio Carlomagno de Aquisgrán. Y no tengo nada contra esta visión. Pero limitarse solamente a ella sería conservar la perspectiva que sostuvo, en gran medida, el gran reto de la guerra fría. La Europa cultural, por el contrario, en

toda su orientación, no se ha dejado nunca determinar por las fronteras entre el Este y el Oeste, y tanto es así que la excelente literatura rusa del XIX se la considera dentro de la historia de la nueva literatura europea, lo mismo que la francesa, y de forma análoga, puede decirse de la música. No hay que olvidarse que la Grecia Ortodoxa es ya desde hace tiempo miembro de la Comunidad Europea.

De donde se deduce que no existen fronteras culturales insalvables, nada obstaculiza una supuesta pertenencia de Rusia a Europa, por lo que el proceso de la Unidad Europea puede extenderse, algún día, más allá de los actuales límites. Son meramente cuestiones políticas, económicas y organizativas las que nos hacen dudar de la ampliación rápida de las fronteras europeas más allá del Oder hasta el Este.

Por último, no es apropiado utilizar la indiscutible identidad cultural de Europa como base para la construcción de una unidad europea, sobre todo, porque precisamente la identidad cultural europea está caracterizada por elementos culturales que no son exclusivos de Europa, sino que han pasado a ser de ámbito mundial. La cultura europea es una cultura de una gran riqueza cuyo impacto no sólo se limita al espacio europeo. Todo ello significa que se ha asentado también fuera de Europa. Nada nos demuestra de manera más precisa la universalidad de esta riqueza cultural europea que el hecho de que, en muchos de los campos en los que éramos en su día líderes hemos encontrado hace tiempo nuestros maestros fuera de Europa. En el caso de América es quizás donde menos nos preocupa, puesto que este continente es para nosotros, según la magnífica ocurrencia de un filósofo cultural, lo que era Sicilia para los griegos, esto es, su "América". En otros casos y, sobre todo, en el caso del Japón, nos desconcierta el ver que otros saben hacer aquello en lo que nosotros éramos en otros tiempos maestros. Lo cual significa que el reto que Europa fue en otros días para los otros, ejerce un efecto retroalimentario, después de que los otros han aceptado y superado este reto europeo. A título de ejemplo: lo que hoy denominamos revolución electrónica ya no tiene hoy día el carácter de un proceso cultural específicamente europeo, se trata más bien de repercusiones europeas de un proceso global. Los europeos se encuentran ante el desafío de las consecuencias globales de su propia cultura de origen. Si se hiciese un balance cultural entre el pasado y el futuro, Europa saldría perdedora en cuanto al futuro, si los europeos no se muestran adecuadamente identificados con las consecuencias universales de su propia historia.

La universalización de la riqueza cultural europea, que surge en Europa, pero que no repercute sólo en los límites espaciales de Europa, incorpora además de la ciencia y la técnica, sobre todo, los derechos del hombre. Esto se ha puesto en evidencia en la historia europea por sus horrores - desde las guerras civiles religiosas hasta el totalitarismo - impregnando la historia europea con nuestras ideologías, con luchas de razas y clases. Cuanto más moderno sea el mundo, tanto más urgente es la necesidad de unos derechos humanos como condición para conseguir la coexistencia social y política, en el contexto de la globalidad y de las crecientes interdependencias. En la sociedad industrial moderna crecen, junto a una mayor complejidad, las interdependencias mutuas, y de esta manera también el alcance e intensidad de nuestras relaciones comunicativas. Para la coexistencia social de esta tendencia es necesario una liberalidad, que la quiero caracterizar, de manera breve, por la tendencia de la constitución política a minimizar aquellas áreas de la vida que estamos dispuestos a poner a disposición de las decisiones mayoritarias. Es decir, el progreso en los derechos ciudadanos y humanos se puede caracterizar, en este sentido, por un crecimiento de aquellas áreas de la vida que no pueden ser democratizadas.

El derecho asegura la libertad en cuanto a las formas, y solamente la limita por el análogo derecho de cada uno: a la religión y confesión, a la lengua y cultura regional, a la visión cósmica y a la opinión política, a la pertenencia a un partido o a otro grupo social, a los intereses por la formación y a las preferencias de poder ser otro. Esto constituye, en primer término, una definición desarrollada y formulada en el contexto europeo-americano. La definición de este derecho es la respuesta a la cuestión de cómo puede asegurarse la unidad de nuestra interdependencia política, e incrementarse, si al mismo tiempo se incrementa también la diferenciación de la vida socio-cultural, la pluralidad de los intereses y opiniones, la movilidad de los hombres y de sus productos, y si la homogeneidad cultural difuminan sectores y espacios, que en su día fueron acotados, y nos vamos aproximando, desde la diferencia, a una interdependencia política más común. Solamente los derechos de ciudadanía y humanos vinculan la modernidad con la liberalidad. Esto es lo que hace hoy tan atractiva como también arriesgada, la idea de estos derechos a nivel mundial, y precisamente no puede decirse que los peligros de un totalitarismo sin libertad solamente fueran a darse en el resto del mundo, y nunca más en Europa. Ciertamente, en Europa,

entre tanto, han sucumbido los grandes sistemas totalitarios. Pero el recuerdo de los horrores de estos sistemas permanecerá todavía durante mucho tiempo.

En el contexto de la Europa política quiere decir: Precisamente como consecuencia de la universalidad de la cultura europea, no es adecuada la identidad cultural europea como ideología de unificación para lograr una Unión Europea, ya que a la vista de la situación actual, es previsible que en un futuro la Unión Europea no llegue tan lejos como la cultura europea.

Por lo que cabe preguntarse: Cómo puede consolidarse una conciencia unitaria europea ? Para mí la respuesta pudiera ser: Se tiene que realizar a través de la evidencia pragmática, demostrando las ventajas de la futura Unión Europea, o si no, no se realizará ésta. Esto es, sin duda, una respuesta sobria pero realista. Esta respuesta está además refrendada por la experiencia tal como puede uno apreciar, cuando se recuerdan históricamente los grandes logros políticos del siglo XIX. Se hubiera podido constituir en el suroeste alemán el proceso de la creación de la gran región de Baden, que va desde el Lago Constanza hasta Maguncia? Baden estaba considerada entonces como una región de referencia importante. Lo que sirvió de base a esta creación con éxito fue, más bien, una unión de distintos grupos confesionales y lingüísticos, económicos y culturales, pero no basados en la nostalgia, sino en la euforia del desarrollo futuro.

Lo cual puede, "mutatis mutandis", transferirse al proceso de la Unidad Europea. También aquí tiene que asentarse la idea europea, no en la nostalgia, sino en la evidencia pragmática de una capacidad futura mejorada. Es correcto: el que se elimine la necesidad de ajustes apenas tiene influencia en la Unión Monetaria Europea. Pero, sin embargo, la experiencia que percibe el ciudadano europeo con el dinero, ya que se ahorrará ir al banco para cambiar dinero cuando se desplaza de Madrid a Paris, tiene gancho, y la apertura de la frontera permite, sin duda, una mayor libertad. Pero cuando además esperamos que la política de investigación europea, e incluso la del medio ambiente, proporcione una utilidad, independientemente de las formas en las que se manifieste y se perciba, y se aprecie que esto no se logra sin una actuación de las instituciones europeas; entonces, habrá llegado el día en que cuando se ices la bandera de la Unión Europea, nos emocionaremos.

Esta defensa de un pragmatismo en la política europea debe, sin embargo, también considerar que con la modernidad de nuestra vida ganan, al mismo tiempo, en intensidad, los rasgos nostálgicos, los del origen. También nuestro pasado precisa en una futura Europa de oportunidades para desarrollarlo. El cómo sería esto puede observarse ya: Me refiero al fenómeno común europeo de la creciente corriente regionalista. Muchos consideran que el actual movimiento regionalista constituye un reducto de los desarrollos culturales. Pero en realidad no se trata de un reducto de provincialismo, sino que esta corriente regionalista debe orientarse a Europa. Esta orientación tiene que ser asumida en todos los rincones de Europa para que Europa esté orgullosa de su política cultural como lo está un aquitano o un austro-croata de su política cultural. Ya que si no se producirá más bien una corriente de flujos de turistas y de mercancías.

La interdependencia general es la siguiente: Cuanto más elementos comunes tenga la moderna civilización, tanto más necesario será disponer de una configuración complementaria de nuestros intereses, por lo que nos diferenciaremos en cuanto a la referencia de origen.

Esta es una dialéctica cuyas consecuencias políticasson muy amplias. Lo que aquí se trata de decir puede reducirse a un principio: Tanta unidad adicional como sea necesaria, tanta diversidad como sea posible considerando el origen. Desde el punto de vista constitucional significa que una futura Unión Europea deberá organizarse de manera altamente federal, o si no no se realizará. Si se impone este federalismo en todo el espacio europeo se puede estar seguro de que los Vascos o Catalanes, los de Cerdeña o los Eslovenos, los testarudos Bretones, serán los europeos más entusiasmados.